

Drogas y embriaguez*

Ernst Jünger

Qu'elle soit ramassée pour "le bien" ou pour "le mal", la mandragore est crainte et respectée comme une plante miraculeuse... En elle sont renfermées des forces extraordinaires, qui peuvent multiplier la vie ou donner la mort. En une certaine mesure donc, la mandragore est "l'herbe de la vie et de la mort".

Mircea Eliade, *Le culte de la mandragore en Roumanie*
(*"Zalmoxis"*, 1938)

La influencia de la droga es ambivalente; actúa tanto sobre la acción como sobre la contemplación: sobre la voluntad como sobre la mirada pura. Estas dos potencias, que parecen excluirse, con frecuencia son ocasionadas por el mismo agente, como lo sabe todo aquel que ha observado alguna vez una sociedad de bebedores.

En efecto, es posible preguntarse si debemos considerar al vino como una droga en sentido estricto. Tal vez su poder original ha sido ya domesticado en

* Versión realizada desde el texto alemán, *Drogen und Rausch*, incluido en el tomo XI de la *Sämtliche Werke*, Klett-Cotta, Stuttgart, 1978, pp. 22-41.

el curso de milenios de placer. Lo sabemos más poderoso, pero también más inquietante, en los mitos donde aparece Dionisos, señor de la fiesta, con su cortejo de sátiros, silenos, ménades y animales salvajes.

El cortejo triunfal del dios sigue una dirección inversa a la de Alejandro: desde la India a través del cercano Oriente hasta Europa, y sus conquistas son más perdurables. Dionisos es considerado, al igual que Adonis, como el fundador de las fiestas orgiásticas que periódicamente se entremezclan de manera profunda con la trama del mundo de la historia, y con ellas se halla vinculado un exuberante culto fálico. Este no constituye el tenor de los Dionisos, sino una de las revelaciones que confirman el misterio y su fuerza de sujeción. Frente a ellas, dice un viejo autor, “las fiestas de Afrodita en Cytherea pueden ser consideradas como inocentes juegos de niños”.

El poder original del vino ha desaparecido; sin embargo, lo vemos regresar atenuado en las fiestas de otoño y primavera en las regiones vitícolas. Sólo raramente durante esta exaltación de la alegría de vivir, de colores, melodías e imágenes grotescas, aparece aún alguna huella de ese viejo mundo de misterios con su inquietante y contagioso poder. Surgen entonces rasgos de arcaísmo en los rostros, en los saltos y en las danzas. Ante todo la máscara nos reenvía allí, en cuanto símbolo del “mundo transfigurado”.

Cuando comparamos los triunfos de Alejandro con los de Dionisos, advertimos también la diferencia entre el poder de lo histórico y la potencia de lo elemental. El éxito en la esfera de la historia, la conquista de Babilonia por ejemplo, es fugaz y se vincula a ciertos nombres. El instante ya no regresa nunca más en esa forma; constituye más bien un eslabón en la cadena del tiempo histórico. En cuanto a las transformaciones en el interior del mundo elemental, por el contrario, ni los nombres ni las fechas tienen importancia y sin embargo no dejan de ocurrir constantemente, no sólo por debajo del tiempo histórico sino también en su interior. Brotan de su corteza como un magma.

Consideremos solamente el vino: Alejandro debió abandonar la India, mientras que Dionisos reina aún hoy entre nosotros como anónimo señor de la fiesta. El vino ha modificado Europa más decisivamente que la espada. Todavía en la actualidad es tomado como un medio de transformaciones culturales.

El intercambio de nuevos venenos y nuevas ebriedades, también de vicios, fiebres y enfermedades, prescinde de esos datos bien establecidos gracias a los

que una coronación o una batalla se imprimen en la memoria. Todo permanece más bien en la oscuridad, en el entramado de las raíces. Podemos sí vislumbrar los acontecimientos, pero no nos es posible ni medir su extensión ni penetrar en su profundidad.

Cuando Cortez desembarcó en México en 1519, este acontecimiento fue interpretado por los europeos según un ordenamiento histórico, por los aztecas según un ordenamiento mágico del mundo. En esto el sueño es más poderoso aún que la conciencia despierta; el presentimiento relaciona más intensamente que la palabra. En tales contactos, las figuras se intercambian como juegos de espejos, ora como rapto, ora como don, y así otra vez concedidos como culpa y expiación -lo mismo ocurre con las víctimas: aquí Moctezuma, allí Maximiliano, ambos emperadores de México. Bajo la superficie, gérmenes, imágenes y sueños se dan y se reciben en un intercambio que destruye y fecunda linajes, pero cuyos efectos se sustraen a una descripción y una datación exacta.

Incluso cuando es exacta, la estadística no puede extraer de un problema más que cifras. De este modo el problema no es tocado en su profundidad; sigue siendo, en sentido estricto, una cuestión a discutirse (*Streitfrage*). Esto vale en particular para los ámbitos que lindan con Psyché, así como para cualquier comportamiento -incluso de los animales-, y no menos para nuestro tema: las drogas y la embriaguez.

Así, para sólo mencionar en relación con esto uno de los grandes regalos hechos por América a Europa, el tabaco, se han establecido cifras bastante precisas con respecto a las relaciones que existen entre la nicotina y una serie de enfermedades. Indagaciones semejantes pertenecen al ámbito de la economía; sin embargo, para reconocer su validez es necesario haber admitido antes el concepto de "utilidad", bajo el que se hallan.

La utilidad es en estos casos de naturaleza higiénica. Aunque quizás podríamos vincular al placer de fumar un beneficio de otro tipo -la misma palabra "placer" lo da a entender ya. Se podría pensar en el bienestar que infunde durante una conversación, en su modo de acortar una hora de aburrimiento o de disipar una

hora de perturbación, en una reunión entre hombres promovida de esta manera, o simplemente en un instante de felicidad. Cada concentración, pero asimismo cada distensión debe ser pagada. ¿Vale el placer ese gasto? En esto radica el problema, y la estadística sólo proporciona datos. Problema que sobreviene al fumador ante cada cigarrillo.

La estadística se limita solamente a confirmar un hecho conocido desde siempre: que la droga es peligrosa. Quién se aventura en ella corre un riesgo que resulta tanto más alto cuanto menos calculado es. En relación con esto, ciertamente, la estadística tiene algún valor en cuanto permite la comparación entre el beneficio y el riesgo.

Si incluimos al vino y al tabaco en esta consideración es por que, en la medida de lo posible, es recomendable partir de lo conocido. Con respecto a nuestro tema propiamente dicho, ambos permanecen, sin embargo, al margen. Y serán cada vez menos aludidos cuanto más vayamos definiendo el concepto de droga. Para Baudelaire, el vino abre las puertas de los Paraísos artificiales, al igual que el hashish y el opio. Pero con razón se opone el amigo del vino a considerarlo como una droga. Sigue prefiriendo que en lugar de fabricantes y químicos sean el vandimiador y el bodeguero quienes se ocupen del vino. Aún en nuestros días, el cuidado y el arte de jardineros y artesanos son consagrados a él; desde el cultivo de la vid hasta la resurrección del racimo en la bodega; todavía hoy significa un don divino provisto de una maravillosa potencia transformadora. Sangre de la tierra y sangre de los dioses a la vez.

Si se quisiera considerar al vino como una droga, esto no sería más que una comprobación entre otras, semejante a la que afirma que tiene alcohol. El tabaco parece ya más cercano de este otro mundo; la nicotina da una idea de lo que es posible en la esfera de los alcaloides. Esos sacrificios de humo (*Rauchopfern*) que día tras día se realizan en el planeta, presagian la ligereza, la liberación espiritual de grandes bandadas de sueños. No obstante, comparados con la potencia mágica del opio, sólo provocan una tenue elevación, una euforia suave.

Como muchas aclaraciones etimológicas, la de la palabra “droga” no es satisfactoria. Tiene un origen oscuro. Como en el caso de la palabra “alcohol”, existen derivaciones del hispano-árabe, y también del latín medieval. La procedencia del neerlandés *drog*, “seco”, es más probable. Drogas eran sustancias que llegaban desde muchos países a través de herboristerías y “droguerías” que las introducían en el comercio, y eran utilizadas por médicos, cocineros y vendedores de perfumes y especias. En todos los tiempos esta palabra ha tenido un tono misterioso, de connotaciones mágicas, en particular con procedencia oriental

En nuestro contexto, “droga” es una sustancia que provoca embriaguez. Pero debe haber una cualidad específica que diferencia a estas sustancias de aquellas que sirven para la medicina o para el puro placer. Esta cualidad específica no debe buscarse en la sustancia misma sino en la intención, pues tanto medicinas como estimulantes pueden ser usados como drogas embriagantes en sentido estricto.

En alguna parte de *Sueño de una noche de verano*, Shakespeare habla del sueño “común”, que distingue de la pasión mágica, más poderosa que él. Uno provoca sueños, el otro visiones y profecías. De modo semejante, la embriaguez producida por la droga manifiesta efectos específicos, difíciles de describir. Quien aspira a ella persigue propósitos singulares. Y quien emplea la palabra “droga” en este sentido, supone un acuerdo con su auditor o con su lector respecto a que eso que nombra no se puede definir *more geométrico*. Penetra con él en una zona límite.

Infusiones y concentrados, cocciones y elixires, polvos y píldoras, unguentos, pastas y resinas pueden ser utilizados como droga en un sentido específico. La sustancia puede tener forma sólida, líquida, humosa o gaseosa; puede ser comida, bebida, absorbida por masajes, inhalada, fumada, inyectada.

Para provocar la embriaguez no se requiere sólo una determinada sustancia, sino también una cierta cantidad de ella, un cierto grado de concentración. La dosis puede ser demasiado pequeña o demasiado fuerte -en el primer caso no conducirá fuera de la conciencia ordinaria (*Nüchternheit*); en el segundo introducirá en la inconsciencia. Como es sabido, el acostumbramiento a una droga hace cada vez más difícil la preservación de la justa medida -por un lado la depresión, por el otro la dosis, se vuelven cada vez más peligrosas. El precio exigido por el placer se hace siempre más alto. En este punto sólo es posible volver atrás o perderse.

Cuando el efecto de una droga se atenúa, la cantidad o la concentración pueden ser aumentadas. Este es el caso del fumador o del bebedor que primero aumenta el consumo acostumbrado y después pasa a variedades más fuertes. Lo que a la vez indica que el simple placer ya no le es suficiente. Una tercera posibilidad consiste en modificar la periodicidad -es el paso de la costumbre diaria a excesos raros y solemnes.

En este tercer caso no se aumenta la dosis sino la predisposición. El fumador con disciplina suficiente como para que le baste un cigarrillo matinal no podrá evitar que esto entre en su gasto, en la medida en que logra una intensidad de placer hasta ahora desconocida a pesar de haber tenido consumos mucho más fuertes. Lo que por otra parte contribuye a la tentación.

La sensibilidad puede ser extremadamente fuerte y corresponderle una dosis pequeña, incluso mínima. Desde Hanhemann sabemos que hasta las huellas más sutiles de una sustancia pueden llegar a ser eficaces, y la química moderna lo confirma.

Pero siempre es necesario que la prescripción encuentre apoyo en una cierta recepción de las dosis prescritas. Por eso es que las medicinas homeopáticas no ayudan a todo el mundo, pues presuponen un comportamiento homeopático. A quien está delicado, le es suficiente una alusión. Esta es una ley general no sólo en el marco de la higiene sino también respecto a la conducción de la vida en sus diferentes niveles. Por lo demás, debemos pensar en el proverbio: "a temperamento de caballo, remedio de caballo".

La dosis, por lo tanto, puede ser mínima. Asimismo, bajo determinadas circunstancias pueden embriagar sustancias que pasan por neutrales, como el aire vital. Sobre esto trata *La intervención del Doctor Ox* de Julio Verne. Bajo el pretexto de querer construir una usina de gas, el Doctor Ox transforma en un sentido báquico la mentalidad de los habitantes, transportando hacia una pequeña ciudad masas de oxígeno puro. Así, la concentración convierte en “veneno” una sustancia que absorbemos cada vez que respiramos. Paracelso: *sola dosis facit venenum*.

El Doctor Ox sólo había dilatado el aire, lo que permite presumir que, por sí mismo, puede llegar a provocar embriaguez en las naturalezas sensibles. Y así es efectivamente. Por cierto, apenas existen seres humanos en los que no se haya realizado, al menos por algunos instantes, la frase de Goethe: “La juventud es embriaguez sin vino”. Claro que para esto resulta necesaria esa predisposición virgen, que es lo propio de la juventud. Pero siempre contribuyen también factores externos, ya las “elevadas potencias” de sustancias conocidas o desconocidas, o bien influencias atmosféricas. En algunas novelas encontramos floreos retóricos como: “El aire era como el vino”. La “inexplicable alegría” crece desde fuentes casi inmateriales.

Pero la “hora propicia” puede también provocar melancolía. Tiene con frecuencia una cierta capacidad de advertencia, de puesta en guardia y desde este punto de vista no es menos beneficiosa, puesto que muchas veces peligros inminentes se hacen conocer de este modo. Junto a percepciones que son tan difíciles de explicar como de poner en duda, existen muchas para cuya justificación es suficiente el refinamiento de la sensibilidad. En su *Viaje a las regiones equinocciales*, Alexander von Humboldt se ocupa detalladamente en los fenómenos que preceden a las erupciones volcánicas y los temblores de la tierra y, en relación con esto, en la turbación de hombres y animales, que puede ser calificada tanto de presentimiento como de percepción.

Desde siempre y hasta nuestros días se ha intentado extraer de algún modo de la atmósfera sustancias y poderes psicógenos. Así Mesmer, fundándose en

el magnetismo, creyó reconocer un “fluido” emitido por el cuerpo humano que podía ser almacenado, según él, en determinados objetos como acumuladores. El masmerismo apenas ha sido una moda en el arte de curar, pero su influencia sobrevive en la literatura. Fascinó sobre todo a E. T. A. Hoffman. Ya la Disertación doctoral de Mesmer había causado sensación: *De planetarum inflexu*, título que podría ser también el de alguna consideración de Novalis, o el de un artículo en el *Athenäum*.

Menos conocido que Mesmer, aunque más significativo que él, fue Carl Ludwig von Reichenbach, cuya reputación se extiende no sólo a la filosofía natural, sino también a la geología, a la química y a la industria. Reichenbach creyó haber reconocido en el *od* una sustancia cuyo poder e irradiación podía ser comparado al fluido mesmeriano. Aunque disperso por todas partes en la naturaleza, este *od* solamente es perceptible por seres de organismo delicado, que Reichenbach llama sensitivos, o hipersensitivos cuando están dotados de una sensibilidad particular.

Reichenbach, que reúne el talento del filósofo con la exactitud del naturalista, se esforzó por probar experimentalmente el *od* utilizando a tal efecto a los sensitivos, un poco al modo como un miope se sirve de sus anteojos. Para esto desarrolló procedimientos que hoy serían considerados como test, sin emplear aparatos, aunque con diferenciaciones muy sutiles. De modo que era separado del grupo de sensitivos todo aquel que no percibía diferencias de temperatura entre la parte roma y la parte aguda de un huevo de gallina que él mismo debía sostener con los dedos. Reichenbach corrió el riesgo de penetrar en regiones que, aunque no alejadas ni cerradas, permanecen inaccesibles a los sentidos groseros.

Sin embargo, los físicos consideraron al *od* tan escasamente como los psiquiatras y los neurólogos a los sensitivos. Esto afligió a Reichenbach en cuanto naturalista; en cuanto filósofo le fue fácil no concederle ninguna importancia. Propuso sus ideas en la época más desfavorable que podamos llegar a concebir. Y esto vale en mayor medida aún para Fechner, quien concebía la imagen físico-matemática del mundo como la “faz nocturna” del universo, y que encontró en los escritos de Reichenbach los más grandes provechos para su “psicofísica”.

Las ideas de Fechner sobre el alma de los cuerpos celestes y las plantas debían perderse necesariamente en el vacío en un tiempo donde las teorías

mecanicistas se abrían paso con una fuerza inaudita. En medicina se preparaba ese positivismo masivo cuya *hybris* hacía jactar a un cirujano de no haber encontrado nunca el alma durante su trabajo.

Semejantes contraposiciones dentro de la comprensión del mundo suscitan la impresión de que el espíritu ocupara una habitación con dos alas entre las que no existen puertas de comunicación. Podríamos también pensar en un doble espejo cuyos lados están separados por una capa opaca. Sin embargo, siempre retornan esos tiempos que se acercan a la unidad de las concepciones. Que no puede nunca ser totalmente alcanzada, porque tanto la imagen físico-matemática del mundo como la filosofía natural de Reichenbach y Fechner no son más que aspectos diferentes del "ser íntimo de la naturaleza".

La dosis que provoca la embriaguez puede ser entonces mínima cuando la disponibilidad es suficiente. También con respecto a esto hay sensitivos que son particularmente vulnerables. Las normas que el legislador debe establecer para las leyes de tránsito, por ejemplo, proporcionan solamente un criterio grosero. Y debe volverse cada vez más estricto, porque el mundo de la experiencia aporta cada día nuevas pruebas de que en la embriaguez y la técnica hay dos poderes irreconciliables que chocan entre sí. A decir verdad, esto no es válido para cualquier droga en general. Por el contrario, el número de esos productos y su campo de aplicación crecen permanentemente. Y se multiplican los trabajos para cuyo rendimiento un apropiado consumo de drogas es no sólo recomendable sino también inevitable. Esto se convierte incluso en objeto de una ciencia particular.

La disponibilidad que provoca la embriaguez puede ser tan fuerte que le basta un puro modo de comportamiento y no es necesario ya ninguna sustancia. Privilegio reservado, ante todo, al ascetismo; su estrecha relación con el éxtasis es conocida desde siempre. A la abstinencia, la vigilia y el ayuno se añade el aislamiento, en el que también el sabio y el artista encuentran nuevos poderes. La marea de imágenes de la Thebaida: tele-visiones que no requieren de ninguna droga y mucho menos de aparatos.

El pensador o el artista que está en buena forma conoce esas fases en las que una nueva luz acude en abundancia; el mundo comienza a hablar y responder al espíritu con poderes originarios. Las cosas parecen cargarse de energía; su belleza, su ordenamiento pleno de sentido resurgen de una manera completamente nueva. Este estar-en-forma es independiente de un bienestar físico; a menudo incluso se opone a él, casi como si tratara de un estado de debilidad en el que las imágenes encontrarán un acceso más fácil. En efecto, ya Reichenbach había advertido contra la confusión de "sensitividad" y enfermedad -sin embargo, no es fácil aquí escapar del error. Esto se manifiesta particularmente en esas disputas en las que se procura deducir de la obra el estado psíquico del artista. No es casualidad que nuestra época sea pródiga en tales debates. Es probable que no sólo las facetas productivas en la vida de un individuo, sino también los cambios de estilo en el interior de las culturas estén precedidos por esos grandes estados de disponibilidad, que necesariamente provocan una confusión babilónica tanto de las formas del lenguaje como también del lenguaje en general.

Jung-Stilling denomina la disponibilidad como una "apertura al presentimiento", y alude con esto a una receptividad desarrollada que puede ser alcanzada mediante una conducción adecuada de la vida. "Pero finalmente, un hombre puro, completamente abandonado a Dios, puede también llegar a esto mediante un largo ejercicio y a fuerza de dirigirse, ante Dios, al éxtasis, y en estado de sueño magnético". Según él, "el alma en estado de naturaleza actúa a través del cerebro y de los nervios; en estado magnético prescinde de ambos". Sólo después de la muerte el hombre alcanza el poder pleno del sueño vidente, puesto que en ese momento se separa completamente del cuerpo, y esta capacidad será tanto más perfecta cuanto más haya podido ser lograda en la vida.

Aquellos a los que Jung-Stilling califica como dotados de videncia, corresponden en alguna medida a los hipersensitivos reichenbachianos; según nuestro vocabulario actual, podríamos concebirlos como mutantes extremadamente

raros que irrumpen cada tanto. La capacidad de videncia puede ser desarrollada, pero es necesario que sea innata. De esta manera, Jung-Stilling explica, entre otros casos, los que corresponden a los sueños y fenómenos que alertan no a quien se halla en peligro, sino a un tercero que, en beneficio de aquél, le sucede ser el receptor. Esta capacidad no necesita en absoluto estar ligada a algún don ético o espiritual; en efecto, puede darse tanto en una existencia cualquiera como en una vida genial. En la persona del príncipe Myschkin, Dostoievski describe a alguien cuya capacidad de videncia está altamente perfeccionada, pero que en su entorno da la impresión de ser un idiota.

Tanto en las viejas biografías como en las recientes se reencuentra siempre la figura del sensitivo que, justo antes de un incendio, de la caída de un rayo o cualquier otra desgracia, sobrecogido por una inquietud incoercible o por una opresión respiratoria, abandona la habitación en la que se hallaba junto a otras personas a quienes esta turbación resulta completamente extraña.

Estados de excitación o de meditación semejantes a los de la embriaguez, pueden también manifestarse sin que hayan sido empleadas sustancias tóxicas. Esto demuestra que la droga despierta poderes más generales que los de una intoxicación específica. Es la llave de reinos ocultos para la percepción normal, aunque no la única.

Para este estado al que se aspira, el concepto de embriaguez es necesariamente insuficiente, al menos que lo extendamos de tal modo que incluya también fenómenos diversos y contrarios. Habíamos comenzado con la constatación de que la droga incide tanto sobre la voluntad como sobre la contemplación de las cosas. En el interior de esta ambivalencia hay una gran escala que conduce, tanto de una parte como de la otra, a la inconsciencia y finalmente a la muerte. Las drogas pueden ser deseadas como exitantes y estimulantes, como somníferos, narcóticos y alucinógenos; sirven tanto para la anestesia como para el estímulo. Hasan Sabbâh, el viejo de la montaña, conocía esta gama en toda su extensión. Conducía a los *fedavis*, los Iniciados, que más tarde serán también llamados los "Asesinos", desde la quietud de Paraísos artificiales hasta el delirio del *amok*,

que se adjudicaba a soberanos y a gobernantes. Aunque no se trate de lo mismo, encontramos algo semejante en el interior de la red de nuestro mundo técnico. Sus tendencias implican tanto la huída hacia la insensibilidad, como la excitación de reflejos motores a través de estimulantes.

El legislador tiene que simplificar esta abundancia. Considera a la embriaguez como "un estado provocado por tóxicos, en particular la intoxicación etílica aguda". A él le toca decidir en qué casos individuales la embriaguez habría tenido que ver con algún acto o alguna omisión. Juzgar a partir de qué estado de conciencia empieza el desvío punible es ya difícil, puesto que existen drogas que, al menos provisoriamente, favorecen el rendimiento técnico. Los atletas que participan en competencias han conocido desde siempre tales sustancias, aunque el límite que separa el doping de la estimulación permitida es incierto.

Todos los años entran en los comercios nuevas drogas, cuya peligrosidad a menudo se advierte sólo cuando ya han provocado daños. Otras drogas, por el contrario, ocasionan un perjuicio mínimo, aunque a veces se acumula en el curso de decenios de uso de una manera fatal. Esto vale para las drogas estimulantes como el tabaco, y también para calmantes como somníferos leves. A lo cual se añade el hecho de que con frecuencia estimulantes y narcóticos son usados conjuntamente, o mejor dicho unos contra otros. La sierra va y viene. Podríamos pensar también en la carga de una balanza: por cada peso se coloca un contrapeso en el otro platillo manteniendo así un equilibrio artificial, hasta que un buen día la cruz de la balanza se rompe.

El observador desinteresado y sobrio advierte en el espectro de la embriaguez, ante todo, aquella faz donde tiene lugar el movimiento. Allí la modificación no puede ser ignorada; desde lejos se anuncia a los ojos y a los oídos. Las palabras que designan esa situación se relacionan -al menos en las regiones de la cerveza y del vino- o bien a libaciones desmesuradas, o bien a un aumento de la actividad. La mayor parte derivan del latín *bibo* y *ebrius*, del antiguo alto alemán *trinkan*, y del gótico *drigkan*.

El alemán *rauschen* (murmurar, susurrar), por el contrario, designa un movimiento vivo, como el de las alas por ejemplo, que también puede ser percibido acústicamente como un ruido (*Geräusch*). El movimiento puede llegar a ser violento -el anglosajón *rush* se relaciona aquí a *stürzen*, derribar-. Es necesario además pensar en una vitalidad elevada, vibrante. *Rauschzeit* es el “tiempo del apariamiento”. Se dice del jabalí que entra en celo (*wird rauschig*). Insectos y pájaros se reúnen en enjambre; inmediatamente después del vuelo nupcial las termitas pierden las alas. *Rauschzeit* es el tiempo del enjambre; hombres y animales se reúnen. Es por esto que el costado activo y voluntario de la embriaguez es el mejor conocido. El hombre embriagado no teme la compañía, se siente bien en medio del barullo festivo y no procura el aislamiento. A veces se comporta de un modo excéntrico, si bien con respecto a su comportamiento goza de una licencia mucho mayor de la que le es permitida al hombre sobrio. Quien ríe es mejor visto que el triste; el bebedor alegre encuentra una bienvenida general y a menudo es considerado como alguien que disipa el aburrimiento, que reanima la atmósfera. Un mensajero de Dionisos aparece para abrir la puerta de un mundo loco; incluso quienes conservan la sobriedad son presas del contagio.

Esta intensificación de la actividad, que no puede ser pasada por alto, le ha conferido a la palabra “embriaguez” un acento propio. De un modo general, como en otros respectos, el lado visible de las cosas reclama al lenguaje una parte más extensa que la de su aspecto oculto. La palabra “día” ofrece un ejemplo de esto. Cuando la pronunciamos incluimos en ella, al mismo tiempo, la noche. La faz iluminada absorbe pues la parte de sombra. Por lo general apenas pensamos en esto. De manera similar, la palabra “embriaguez”, no obstante poner de relieve de manera evidente el aumento de las fuerzas vitales, comprende asimismo su atenuación: los estados de letargo e inmovilidad semejantes al sueño y a los sueños.

La embriaguez se manifiesta en fenómenos diversos, a veces opuestos; la droga produce efectos diferentes -que sin embargo se complementan para constituir un complejo de gran envergadura. Se dice que Hasan Sabbâh empleaba un único medio, el hashish, para conducir a sus Asesinos tanto al mundo de los sueños más felices, como al mundo del asesinato.

Quien quiere adormecerse tiene una conducta diferente de aquel que procura embriagarse en una forma exaltada; no busca la compañía sino la soledad. Se halla pues más próximo a la intoxicación y por eso suele ocultar sus actos, a los que también falta una periodicidad solemne. El “bebedor secreto” es considerado como alguien sospechoso. Quien se aturde regularmente de una manera pesada recurre por ello mismo al secreto, puesto que casi siempre las drogas proceden de fuentes oscuras. Su placer conduce a una zona de ilegalidad, y el hecho de que quienes habitan en esta zona dejen de temer la publicidad, presagia ya una anarquía de ciernes. Así, después de la primera guerra mundial era posible observar en los cafés seres drogados que “contemplaban fijamente agujeros en el aire”.

Pero si el toxicómano evita la sociedad no es sólo porque tiene motivos para sentir temor de ella. No puede prescindir de la soledad por naturaleza. Su ser no está constituido por una naturaleza comunicativa, sino más bien por una naturaleza receptiva. Permanece sentado como frente a un espejo mágico, inmóvil, absorto en sí mismo, y su placer radica siempre en este “sí mismo”, sea bajo el modo de la pura euforia, sea como mundo de imágenes, producidas por su ser más íntimo, que se agitan a su alrededor. A la manera de esas lámparas cuya luz fluorescente puede transformar una piedra gris en una pepita de oro.

Baudelaire, que define al hashish como “arma para el suicidio”, menciona entre otros efectos la extraordinaria frialdad que sobreviene luego del goce de la droga, que incluye en la clase de “placeres solitarios”. Esta helada, que también provocan otros narcóticos, no es sólo de naturaleza física. Es también un indicio de la soledad.

Narciso era el hijo de un dios-río y una ninfa, Liríope. La madre estaba tan encantada con su belleza como espantada por su indiferencia. Preocupada por su destino, le solicitó un consejo al adivino Tiresias, y a través suyo oyó el oráculo: su hijo llegaría a ser muy viejo mientras no se conociera a sí mismo.

Estas enigmáticas palabras se cumplieron cuando un día Narciso, volviendo de una jornada de caza, se inclinó sediento sobre una fuente de agua y en ella vió su propio reflejo. El adolescente se enamoró de la imagen y se consumió en un insaciable deseo de su propia figura, hasta que murió. Los dioses lo convirtieron en una flor de aroma embriagador, el narciso, que aún hoy lleva su nombre y cuyas corolas se inclinan con placer sobre las aguas tranquilas.

Probablemente se ha conservado del mito de Narciso, como de tantos otros, sólo algunos rudimentos. Su tema general parece haber sido el deseo. A él sucumbió también la ninfa Eco, que anhelaba en vano el abrazo de Narciso y fue consumida por el pesar, hasta que finalmente sólo quedó de ella su voz.

Narciso tomó conocimiento de sí, aunque sin reconocerse. “¡Conócete a ti mismo!” era la divisa que estaba en el templo de Apolo en Delfos; como tantos otros antes que él, Narciso fracasó en esta tarea, la más difícil de todas. Se buscó a sí mismo inutilmente en su reflejo. La palabra “conocer” tiene un doble significado: Narciso se aventuró en una búsqueda erótica como Fausto en una espiritual.

Este mismo deseo que consume es también uno de los rasgos de la droga y del placer que causa. El deseo permanece siempre más acá de su cumplimiento, las imágenes atraen como un espejismo en el desierto, la sed se vuelve siempre más ardiente. Podemos pensar también en la ascensión hacia alguna gruta que se ramifica en un laberinto de galerías cada vez más estrechas e inaccesibles. En este punto se corre el riesgo de sufrir el destino de Elis Fröbom, el protagonista del relato de Hoffmann *Las minas de Falun*. Él no regresa jamás, está perdido para el mundo y le ocurre algo semejante a lo de el monje de Heisterbach, quien se extravía en el bosque y recién después de trescientos años encuentra nuevamente el monasterio. Ese bosque es el tiempo.

Consideramos a las sustancias que provocan la embriaguez narcótica como más sutiles, más etéreas que aquellas otras que aumentan los poderes de la voluntad. Después del gran conjuro nocturno en su pieza de trabajo, Fausto es llevado antes que nada con los bebedores libertinos de la bodega Auerbach, y recién después al antro de la hechicera.

Hablamos de un “perfume narcótico”. La palabra procede del griego *ναρκωω* yo me adormezco. En el sur existen especies de Narcisos cuyo aroma es considerado peligroso. La euforia y la insensibilidad al dolor resultan de la inspiración de sustancias volátiles tales como el gas hilarante o el éter, estimulante que estuvo de moda hacia el cambio de siglo y al que Maupassant dedicó un estudio. En la magia clásica se menciona constantemente al humo, que no sólo embota los sentidos sino que, medio sutil, inspira también las visiones que siguen a ese embotamiento. Podemos hallar tales escenas en *Las mil y una noches*, pero también en autores como Cazzotte, Hoffmann, Poe, Kubin y otros.

La hipótesis consiste en que esta faz de la droga, vuelta hacia la contemplación de visiones, también es la más importante desde un punto de vista cualitativo. Si queremos formarnos una opinión sobre esto, debemos recurrir a la raíz común desde la que se desarrollan las más diversas formas de la imaginación. El riesgo que corremos con la droga se debe a que agitamos unos de los poderes fundamentales de la existencia, a saber, el Tiempo. Y esto de diversos modos: según nos aturdamos o nos estimulemos, distendemos o comprimimos el tiempo. A lo que a su vez se vincula nuestra experiencia del tiempo: por una parte se trata de un esfuerzo por aumentar en él el movimiento, por la otra de una inmovilización del mundo mágico.

Si, como ha ocurrido desde siempre, comparamos el tiempo con una corriente, pareciera que su cauce se estrecha para los que se hallan bajo el efecto de estimulantes; que fluye con mayor rapidez, que desciende por un valle en cascadas y remolinos. A él se adecúan los pensamientos, la mímica y los gestos; quien se halla embriagado de este modo piensa y actúa más veloz e impulsivamente que el sobrio, y sus reacciones son menos previsibles.

Bajo la influencia de sustancias narcóticas, por el contrario, el tiempo se aletarga. La corriente fluye más serena, las orillas retroceden a lo lejos. Cuando comienza el adormecimiento, la conciencia va a la deriva como una embarcación en un lago del que no se perciben más los límites. El tiempo pierde las orillas, se convierte en mar.

Así sucede con los interminables sueños de opio que describe de Quincey, quien se imagina “estar sepultado durante milenios en el interior de las pirámides eternas”. En su *Suspiria de profundis*, una colección de ensayos que aparecieron un cuarto de siglo después de las *Confesiones*, arroja una mirada retrospectiva

tiva sobre esta pavorosa dilatación del tiempo y dice que para describirla no serían suficientes las proporciones astronómicas. “Efectivamente, sería ridículo medir por generaciones -o incluso por milenios- el tiempo vivido durante un sueño”.

El sentimiento de distancia respecto a la conciencia humana del tiempo es confirmado por otros, como por ejemplo Cocteau: “Tout ce qu’ on fait dans la vie, même l’amour, on le fait dans le train express qui roule vers la mort. Fumer l’opium, c’est quitter le train en marche; c’est s’occuper d’autre chose que de la vie, de la mort”.

El tiempo transcurre más rápidamente en torno al polo animal y más lentamente alrededor del polo vegetativo. Esto acelera también la relación de los narcóticos con el dolor. La mayoría de los hombres llegan a conocer los narcóticos gracias a sus propiedades analgésicas. Lo que produce acostumbamiento es un sentimiento de felicidad, de euforia. Si las naturalezas depresivas sucumben con facilidad particular a la morfina, se explica por el hecho de que en ellas la existencia en sí misma es ya percibida dolorosamente.

Muchos narcóticos son al mismo tiempo alucinógenos. Cuando aisló la morfina en 1803, Sertürner separó la potencia analgésica del opio de su potencia eidética. Con esto ayudó a un sin número de sufrientes pero, al mismo tiempo, le arrebató el jugo de amapola, tal como lo cantó Novalis, sus colores.

Quien aspira a un mundo de imágenes no emplea el narcótico ni para escapar al dolor, ni para gozar de la euforia, pues únicamente busca lo *phantasticum*. No es movido por el miedo al dolor sino por una curiosidad superior, temeraria. La magia y la brujería de la Edad Media se han servido siempre del mundo de los alcaloides: para los conjuros se recurre a pociones, ungüentos, vapores; se apela a la mandrágora, al estramonio, al beleño.

El conjuro mágico era considerado en aquel entonces como uno de los crímenes capitales. Sus manifestaciones eran más verosímiles que en nuestros días. Para Fausto, el Reino del Espíritu -si bien se había convertido ya en esfera

espiritual- “nunca está cerrado”; sólo lo mueve la preocupación respecto a si el conjuro tendrá éxito. No lo atormentan ya escrúpulos religiosos o morales.

De modo semejante, al hombre espiritual de nuestro tiempo se le plantea la cuestión de lo que las drogas pueden aportarle. Al fin y al cabo no se trata para él de un crecimiento mecánico de sus facultades, ni de la felicidad, ni incluso de la ausencia de dolor. Ni busca tampoco la agudeza y el refinamiento de la comprensión, sino, como en el gabinete de Fausto, la “irrupción de lo nuevo”.

Esta irrupción no significa que se conocen nuevos hechos. No se rata de un enriquecimiento del mundo empírico. Fausto quería escapar del cuarto de trabajo, en el que un Wagner pasará su vida entera sintiéndose feliz. “Por cierto, sé muchas cosas pero quiero saberlo todo” -esto no concluye jamás, y en este sentido el descubrimiento de América pertenece también al mundo fáctico; tampoco una nave espacial conduce fuera de él.

Ninguna aceleración, incluso si nos llevara hasta las estrellas, podría invalidar la máxima goethiana: “No puedes escapar de ti mismo”. Esto es también verdadero respecto de la fuerza vital: ni la multiplicación ni el potenciamiento transforman la cifra básica. De la irrupción debe esperarse algo distinto de un crecimiento dinámico o vital. En todos los tiempos se ha esperado de ella un complemento, un añadido, un agregado. Lo que no significa el pasaje a una fuerza potenciada, sino más bien una adición.

Frente al conjuro, ya sea con ayuda del ascetismo u otros medios, nadie dudaba que algo desconocido se haría presente. Entre tanto, el pensamiento ha adquirido un poder tal que aquel antiguo convencimiento sólo puede ser defendido aún en combates de retaguardia. Si lo que adviene llega del exterior o del interior, esto es, si proviene del universo o de alguna profundidad propia, es algo que sólo posee un significado aparente.

Lo decisivo no es el punto en el que la sonda se hunde, sino aquel otro que es alcanzado por ella. Aquí, la revelación convence con tal intensidad que la cuestión de su realidad -y mucho más aún la de su proveniencia- no tiene ya lugar y se torna innecesaria. Ahí donde hacen falta Razones, Autoridades o incluso Medios de poder para legitimar una realidad, es que su revelación ya ha perdido fuerza; a partir de ese momento sigue obrando apenas como una sombra o un eco. Pero la disponibilidad debe permanecer siempre intacta.

Traducción de Diego Tatián

